

También las llama "frutos de santificación,"¹ porque la santidad nace de la alma justificada por la gracia, así como el fruto viene del árbol fecundado por el cultivo.

Cuando San Juan Bautista en sus primeras predicaciones se dirigía á los judíos, los exhortaba á "hacer frutos dignos de penitencia."² En este pasaje observa San Juan Crisóstomo: "que el Santo Precursor no les pedía "los frutos del Espíritu Santo, sino que se limitaba á solo los frutos de penitencia, porque entonces aun no habian recibido aquellos el bautismo "del Espíritu Santo."³

En igual sentido recomendaba San Ambrosio á los cristianos, "el que "procurasen hacer, si podian, frutos de gracia, ó al menos los de penitencia, que les eran debidos y necesarios. *Faciat fructum, qui potest gratia "qui debet penitentia.*"⁴

¡Cuántas veces nos olvidamos que la penitencia misma es un don que nos viene de Dios, siguiendo aquella palabra del Profeta: "*Convertios Senior á mi, y yo me convertiré á Vos!*"⁵ Y conociendo cuán estériles somos sin el socorro de la oración, pidámosle desde luego, rogando al Señor nos la dé para hacer frutos dignos de penitencia: esperando de su bondad que nuestra alma llegará á producirlos mejores y más perfectos á proporcion de su fidelidad á las gracias del Espíritu Santo.

III.

La Iglesia es el jardín riquísimo donde se maduran los frutos espirituales; y ¿á quién pertenecen de derecho estos frutos sino á Dios, por cuya virtud se han producido?

Ved aquí por qué la Esposa de los Cantares invita á su divino Esposo Jesucristo para que baje á su jardín á recoger los frutos. "Te he guardado "¡oh amado mio! los nuevos y los antiguos."⁶

Los antiguos frutos, en sentir de los Padres de la Iglesia, no significan otra cosa que las obras de los Patriarcas y de los justos de la ley antigua; y los nuevos simbolizan las otras de los discípulos de la ley nueva. Estas otras no son, á su vez, sino el cumplimiento exacto de los preceptos divinos, contenidos en los dos Testamentos; y por eso San Ambrosio, interpretando este mismo texto de los Cantares, pone en boca de la Iglesia estas palabras: "Yo guardo entre mis manos los mandamientos de la ley "antigua y de la ley nueva."⁷ Agregando, "que solo la Iglesia puede hablar así, porque la sinagoga no supo apropiarse la letra de la ley nueva "ni el espíritu de la antigua."

¹ Ad Rom. VI, 22.

² Luc. III, 8.

³ S. Cris. de baut. Christ.

⁴ Com. lib. II, in Evang. Luc., cap. III.

⁵ Jerem. XXXI, 18.

⁶ Cant. VII, 13.

⁷ Ambr. in Ps. CXVIII, 22.

LOS FRUTOS.

Frutos de buenas obras.—Frutos del Espíritu Santo.—Frutos de penitencia.—Frutos amargos ú obras de pecado.—Frutos nuevos y frutos viejos.—Recompensa y castigo.—Los frutos de las manos y los frutos de los labios.—Jesucristo, fruto por excelencia.—El fruto dulce al paladar.

I.

La germinacion de la naturaleza entera viene á parar en los frutos. La raíz no sostiene al árbol, el árbol no extiende y despliega sus ramas, y éstas á su vez no se cubren de hojas y de flores, sino para producir frutos. Y como Dios al criarnos y al colmarnos de sus gracias no ha tenido otra mira que la santidad y perfeccion de nuestras obras, éstas se figuran ordinariamente en la Santa Escritura con el símbolo de los frutos.

Para el mundo entero hay un día sagrado y solemne, en el cual las rubias espigas que brotan en nuestros campos, presentan su trigo ya maduro á la hoz de los segadores, y en el que los árboles de nuestros huertos nos regalan con sus sabrosos y sazonados frutos. Pero es todavía más bello aun aquel día en el que una alma instruida por medio de la divina palabra, santificada por los sacramentos, y correspondiendo con docilidad y fielmente á las inspiraciones de la gracia, produce delante de Dios el fruto espiritual de una obra buena.

II.

Que solo Dios es el que fructifica en nuestras almas, es una verdad que con frecuencia nos advierte San Pablo: porque ciertamente, sin Jesucristo y sin su gracia, ningun fruto podemos producir por nosotros mismos. En esta razon se apoya el mismo Santo Apóstol para designar las obras cristianas con los nombres de "frutos de la luz," "frutos del Espíritu Santo."¹

¹ Ad Galat. V, 22.—Ad Ephes. V, 9.

IV.

A estos admirables frutos, que suponen en nosotros una fecundidad divina, opone el Apóstol San Pablo las obras de la carne.¹

El angélico Doctor Santo Tomás nos hace advertir: "que el Apóstol solo hace mención de las obras y no de los frutos, porque el pecado, de por sí, es estéril é infructuoso. El árbol no lleva fruto sino porque en su naturaleza hay virtud para producirlo, y Dios no ha creado á la naturaleza humana para pecar."²

Razón tiene San Pablo, hablando en otra de sus Epístolas de estas obras malas, para dirigir á los romanos esta pregunta: "¿Qué fruto habeis sacado de las cosas que al presente os avergüenzan?"³ *¿Quem fructum habuistis in illis, in quibus nunc erubescitis?*

La misma Sabiduría responde á ella, diciendo á los impíos: "Vuestros afanes quedaron sin fruto, y han sido inútiles vuestras obras."⁴

También Jesucristo en su Evangelio nos habla de los malos frutos que nacen de los árboles malos: mas éstos no son, ¡ay de mí! sino frutos amargos y envenenados, que no merecen, en verdad, el nombre de frutos, porque en lugar de nutrir al hombre, no hacen mas que darle muerte.

V.

Los frutos no simbolizan solamente á las obras en los libros santos, sino que también figuran el premio ó el castigo que ellas merecen.

"El Supremo Juez—nos dice Isaias—dará á cada uno segun el fruto de sus invenciones."⁵ "Este fruto será glorioso—agrega el Sabio—si nuestras obras hubieren sido buenas."⁶ Y al contrario, dirigiéndose el Profeta Jeremías al pueblo infiel, lo amenaza de parte del Señor, diciéndole: "Acumularé males sobre este pueblo, que serán el fruto de sus perversos pensamientos."⁷

La eternidad se adelanta para cada hombre, extendiendo sobre cada uno sus frutos de vida y sus frutos de muerte. El fruto del pecado es la muerte; el fruto de las buenas obras, es una vida que jamás acabará.

VI.

El Señor había mandado á su pueblo que le diera de todos sus frutos. Y el Sabio nos impone igual precepto, diciendo: "Honra á Dios de tu propia

¹ Galat. V, 19.

² In Ep. ad Rom.

³ Rom. VI, 21.

⁴ Sap. III, 11.

⁵ Isai. III, 10.

⁶ Sap. III, 15.

⁷ Jer. VI, 19.

"hacienda y dale las primicias de tus frutos."¹ Hay dos clases de frutos que muy especialmente debemos consagrar al Señor: los frutos de nuestras manos, que son nuestras obras; y los de nuestros labios, que son nuestras alabanzas. Este doble sacrificio era el que tanto recomendaba el apóstol á los hebreos, cuando les decía: "Ofrezcamos á Dios el sacrificio de alabanza; es decir, el fruto de nuestros labios que confiesan su santo Nombre; pero no os olvidéis de ejercitar la caridad."²

¡Oh! ¡qué perezosos somos para pagarle al Señor esa doble deuda que con tanta justicia exige! ¡Nuestras manos trabajan, pero no para Dios! ¡nuestros labios se abren, pero no para alabarlo! Dejemos ya de obrar así. Yo os ofrezco los frutos de mis manos, y os dirijo las expresiones de mi boca; mas aun cuando esta ofrenda sea verdadera, no podrá ser agradable á vuestros ojos, si no sale de un corazón amante. Solo el amor sabe hacer sabrosos y agradables esos frutos. Mas yo os amo, ¡oh Dios mio! Recibid mis alabanzas y mis obras como frutos de mis labios, como frutos de mis manos y de mi corazón.

VII.

Si el Espíritu Santo ha podido decir, hablando de aquellas flores inmortales del jardín de la Iglesia, "mis flores son frutos,"³ ¿cómo la más bella de todas no ha de ser un fruto esquisito y delicado?

Jesús es la flor del campo, y al mismo tiempo es por excelencia el fruto de la tierra. Esto era lo que nos daba á entender el Rey Profeta, cuando decía: "Nuestra tierra dará su fruto. *Terra nostra dabit fructum suum.*"⁴

Ya dejamos citada la bellísima exposición que sobre estas palabras nos ha dejado San Agustín,⁵ quien compara la tierra, de la cual salió la verdad, al seno purísimo de María, de donde nació el divino Salvador; por cuyo motivo Santa Isabel saludó á la Virgen Santísima, dirigiéndole estas palabras: "Bendito sea el fruto de tu vientre. *Benedictus fructus ventris tui.*"⁶

¡Oh fruto bendito!—exclama San Bernardo—¡bendito en sus perfumes, bendito en su dulce sabor, y bendito en su incomparable belleza! Los perfumes de este fruto eran los que aspiraba con anticipación el Padre Eterno, cuando decía por boca de Isac:⁷ "El olor de mi hijo es como la fragancia que despiden un campo fecundo, bendito por el Señor." ¿Y qué, no lo habría experimentado así David cuando decía á los creyentes, gustadlo vosotros mismos, y vereis cuán suave y cuán dulce es el Señor?⁸

¹ Prov. III, 9.

² Heb. XIII, 15.

³ Eccl. XXIV, 23.

⁴ Ps. LXXXIV, 13.

⁵ Véase pág. 115.

⁶ Luc. I, 42.

⁷ Genes. XXVII, 7.

⁸ Ps. XXXIII, 2.

“¡Oh fruto excelente y bendito que me invita á recogerlo, que se hace alimento para los que tienen hambre, y bebida para las almas que tienen sed de justicia!”

No olvidemos que este Santo Doctor agrega al sabor y á los perfumes, la belleza incomparable de este divino fruto.

“Porque si el fruto de muerte propuesto á nuestros primeros padres no era solamente agradable al gusto, sino que también regocijaba á la vista, ¿qué diremos de ese fruto vivificante, de quien está escrito: “que los mismos Angeles desean admirar?”¹

Pongámonos á contemplar á toda la humanidad saliendo de las manos del Creador como una planta que debía germinar y desarrollarse de siglo en siglo, hasta el día en que su tronco producirá un fruto digno de ella.

Fueron sucediéndose los años á los años, y los pueblos á los pueblos; la planta creció y el fruto no parecía. Esa planta creció más, y en el transcurso de las generaciones que han ido pasando, llegó á producir todo lo que el mundo admira; la gloria, el genio, la ciencia y el heroísmo de los combates. . . . Pero el fruto aun no se presentaba. Por fin, un día, haciendo un esfuerzo supremo, arrojó un poderoso vástago; la Hija de Jessé y de David dió al mundo un pequeño Niño, y su prima Santa Isabel la saluda en estos términos: “Bendito sea el fruto de tu vientre.” En tan feliz y venturoso día, la tierra había dado su fruto.

VIII.

Ya hemos contemplado en el Tabernáculo del altar el nuevo árbol de vida que plantó en él Jesucristo; y con la Esposa de los Cantares hemos suspirado por el dulce placer de irnos á sentar á su pié, para descansar bajo su sombra. La Esposa misma nos advierte: “Que el fruto de este árbol es muy dulce á su paladar. *Et fructus ejus dulcis gutturi meo.*”²

Escuchemos todavía á San Bernardo que, hablándonos sobre estas palabras de la Esposa, nos dice: “¡Qué árbol hay más apetecible y envidiable que aquel que nos proporciona á la vez, así la sombra para descansar como el fruto para alimentarnos! Los árboles de los bosques ofrecen la sombra bajo sus ramas; pero no pueden alimentar nuestra vida ni producir para nuestras almas frutos de salud eterna. Solo cerca de Jesucristo se encuentra, al mismo tiempo, la sombra y el fruto.”

¡Divina Eucaristía! ¡cuando me siento bajo la fresca sombra de vuestros Tabernáculos, levanto mis manos y alcanzo el dulce fruto que con tanta bondad me ofrecéis! ¡Oh paz profunda! ¡oh delicias inefables! ¡mi alma, descansando cerca de Vos, y saciándose con tan divino fruto, no puede ménos que entonar enajenada el cántico de la gratitud y del reconocimiento!

¹ Hom. III, sup. misus est.

² Cant. II, 3.

EL TRIGO.

El campo de trigo.—El socorro del cielo y el trabajo.—La agricultura de Dios y la germinación de las almas.—Los trabajadores del campo.—La cosecha.—La paja.—La Eucaristía.—Figuras y profecías.—El trigo puro de los escogidos.

I.

UNO de los símbolos más usados en el Evangelio por Jesucristo, y bajo cuyos velos ha ocultado los más grandes misterios, es sin duda alguna el del trigo.

Veamos desde luego cómo en vista de esos misterios nos describe San Ambrosio la germinación de esta preciosa semilla.

“El terreno labrado recibe el grano que muere podrido en el surco, donde bien podemos decir, lo abriga y lo calienta la tierra como en su seno maternal. Descompuesto y transformado, este grano germina, y al producir esa yerba verde que regocija la vista, nos dá la esperanza del fruto.”

“Bien pronto esa yerba, parecida al heno de los prados, crece y espiga; entonces se forman los alvéolos que recibirán el grano y protegerán su cubierta, tierna todavía, contra los rigores del hielo, de los ardores del Estío, de la impetuosidad de los vientos y de las aguas. Al mismo tiempo, la espiga se rodea de muchos agujones que la semejan á una fortaleza armada para defenderse de las picaduras de los pájaros, é impedir que el grano no se despedace bajo los piés de los transeúntes. Mas ¿quién es capaz de explicar cómo la Providencia ha sabido proveer á las necesidades del hombre? Nunca deja la tierra de volver á dar con usura aquello que ha recibido, y en esto nos dá un ejemplo de fidelidad, mirando, como vemos frecuentemente, que los hombres se engañan y se defraudan entre sí.”¹

Más adelante dice también: “¡Qué bello es un campo de trigo en todo su sazón! ¡qué aroma tan grato despide, y qué gozo para el labrador el día de la cosecha!”²

¹ S. Ambr. Hexam. III, 8.

² Ibid.

II.

Si preguntamos al agricultor dónde ha puesto en primer lugar la esperanza de su cosecha, nos responderá señalándonos el cielo....

Porque ciertamente, para que el grano que ha sembrado germine, crezca y se madure, necesita del riego á su tiempo, y que el sol lo caliente. Mas la temperatura del cielo no excusa el trabajo del hombre; la tierra exige un cultivo laborioso que nos recuerde incesantemente aquella sentencia fulminada contra nuestro primer padre: "Comerás tu pan, con el sudor de tu rostro."¹

¡Símbolo admirable, que cada año nos presenta la Providencia en la vasta extensión de nuestros campos, y que debe darnos grandes é importantes lecciones para nuestra vida en el mundo, donde nada se realiza sin el trabajo corporal, y donde nada valen el sol y la lluvia sin la gracia y el socorro que vienen de lo alto!

III.

Elevemos ahora nuestros pensamientos y contemplemos aquellas sublimes lecciones que supo darnos nuestro divino Maestro, con motivo del trigo y de su cultivo.

Hablándonos de su Padre celestial, nos dijo: "Mi Padre es agricultor. *Pater meus agricola est.*"² y San Pablo, dirigiéndose á los primeros cristianos, les decía: "Labranza de Dios sois."³

Pues bien: este Agricultor divino siembra su trigo á manos llenas: este trigo ó semilla sembrada es su palabra: esta misma palabra viene á identificarse con el alma fiel, y entónces el alma y la semilla, á su vez, se asemejan al buen grano. "La buena semilla—dice además Jesucristo—son los hijos del reino:"⁴ y á fin de hacer más sensibles nuestras almas á su crecimiento y desarrollo espiritual, se vale el mismo Salvador de la figura del trigo, explicándonos el modo con que germina.

"La tierra que ha recibido la semilla—nos dice por boca de San Marcos—produce desde luego una yerba tierna; despues crece, dá la espiga y luego el grano que viene á llenarla; cuando ya está patente el fruto mostrando su sazón, viene el hombre con la hoz en la mano, y lo corta, porque ha llegado el tiempo de la siega."⁵

Este bellissimo texto lo interpreta San Gregorio, diciéndonos: "La tierra fructifica por sí misma, porque bajo la acción de la gracia preventiva, el corazón del hombre siente cierto atractivo poderoso, al mismo tiempo

¹ Gen. III, 19.

² Joan XV, 1.

³ 1 Cor. III, 9.

⁴ Mat. XIII, 28.

⁵ Mar. VI, 28.

"que espantoso, que lo impele á producir los frutos de las buenas obras. Al principio no produce más que una pequeña yerba que es la imagen de nuestros primeros pasos en el camino de la vida espiritual; mas éstos no tienen consistencia alguna, como no la tiene la tierna planta que apenas ha brotado: despues crece, y viene la espiga, emblema de una virtud que progresa y que anuncia para cierto tiempo la madurez de sus frutos, que son sus buenas obras. En fin, el trigo lleno que fructifica en la espiga, es el símbolo de nuestra virtud, que, cuando llega á robustecerse, emprende y hace obras perfectas. Así es que nuestros primeros adelantos en la vida espiritual, nos asemejan á la yerba recién nacida ó que acaba de brotar; nuestros progresos á la espiga, y comenzamos á ser como el trigo lleno, cuando entramos avanzando en los caminos de la perfección cristiana."

IV.

Y así como el agricultor confía á sus trabajadores el cuidado de cultivar la tierra, de sembrar y de recoger la semilla, así también Dios envía cerca de nosotros á sus apóstoles y doctores para derramar su palabra, para hacerla germinar en nuestras almas y preparar una buena y abundante cosecha.

"La mies es mucha, mas los trabajadores son pocos"—nos dice Jesucristo.²—Esa abundante mies significa la multitud de hombres á quienes Dios llama en su misericordia para que algun día lleguen á ser semejantes á las espigas maduras, y sean colocadas en el granero de su Padre celestial. Mas para esa inmensa cosecha, que es la del mundo entero, hay pocos apóstoles.—Pidámosle al divino Padre de familias se digne multiplicar tales obras en sus campos.

V.

La cosecha se prepara con anticipación, y cuando llega el tiempo de hacerla, el segador se presenta con la hoz en la mano para cortar las espigas y recogerlas. "Ved aquí—dice San Gregorio—simbolizado el momento en que el Labrador divino cortará el hilo de la vida temporal del justo, que está ya maduro para el cielo."³

Bien podemos considerar el día del juicio como el día de la última cosecha. "Entónces—dice San Agustín—ya no serán Apóstoles sino Angeles los que el Señor enviará para levantar la cosecha por el mundo entero: y éstos separarán á los justos de entre los pecadores, arrojando la paja y la zizaña al fuego y tomarán las gavillas llenas para adornar los graneros del Padre celestial."⁴

¹ Hom. in Exech. lib. II, hom. III.

² Mat. IX, 37.

³ S. Greg. hom. in Exech lib. II, hom. III.

⁴ In Joan Ev. c. IV, tract. 16.

VI.

En tiempo de cosecha es cuando el dueño del campo hace que la paja quede separada del grano, mandando que ambas cosas se avienten, á fin de que el aire se lleve la paja y quede limpio el trigo.

Siguiendo la opinion de San Ambrosio, la paja significa la orgullosa jactancia y la loca vanidad de las obras infructuosas; ¹ pero más comunmente los Santos Padres, no ven de ordinario en ella otra cosa sino una figura de la heregía y del cisma.

“¿Qué tienen que ver las pajas con el trigo?” ²—preguntaba el Profeta Jeremías. “¿Qué relacion—prosigue San Gerónimo—puede haber entre el “trigo de la Iglesia y la paja de la heregía?” De ella habla el Bautista en el Evangelio, diciendo: “que el Señor iba á limpiar su era porque Él tenía entre sus manos el bieldo para separar la paja y arrojarla al fuego inextinguible.” ³

“No sin razon—sigue hablando aquel Santo—se asemejan á la paja las “doctrinas de la heregía; porque, efectivamente, nada hay en ellas que “pueda servir de alimento á los pueblos. Los hereges hacen á los pecadores las más grandes promesas, hasta la de abrirles el reino de los cielos. “Sed semejantes á Dios—les dicen—y estareis sin pecado.” ⁴ Poseeis con “vuestro libre albedrío la ciencia de la ley, y esto os basta.—Mas el Señor, “comparando su palabra á la de los hereges, exclama: “¿Por ventura mi “palabra no es de fuego para consumir esa paja?” ⁵

Veamos cómo desarrolla San Agustín este hermoso pensamiento, diciendo: “Que serán considerados como buen grano y colocados en el granero de los cielos, aquellos hombres á quienes el divino Hortelano hubiere “recogido en su era, que es la Iglesia.” Despues, hablando con los Donatistas, les dice: “¿Cuánto mejor sería que fuérais grano y no paja, como “desgraciadamente sois! á mí me basta que no estéis en la era; porque el “grano que está fuera de ella es devorado por las aves.” ⁶

Y en otra parte: “La era contiene á la vez, la paja y el buen grano; “mas el grano permanece, mientras que la paja, arrebatada por el viento, “se adhiere á las espigas del vallado.” “Todavía—continúa el Santo Doctor—el viento que la ha esparcido fuera, puede traerla de nuevo á la era.” Y concluye así: “La paja de nuestras sementeras, por desgracia, permanece siempre en su ser; pero vosotros, á quienes Dios ha hecho libres, “bien podeis trasformaros; ayer érais paja, pero el día de hoy podeis llegar á ser semejantes al trigo. *Hæri palea, hodie frumentum.* No deses-

¹ S. Ambr. Com. lib. II, Evang. Luc. cap. III.

² Jerem. XXIII, 28.

³ Mat. III, 12.

⁴ Jerem. XXIII, 28.

⁵ Mat. III.

⁶ Ephes. IV.

“peremos hasta el momento supremo en que el Señor limpie su mies para “la eternidad.”

¡Oh Dios mio! yo soy una de las espigas de vuestro campo, ¿y qué beneficio le ha faltado á mi alma? ni la semilla de vuestra palabra, ni el calor de vuestro sol, ni el celo de vuestros apóstoles; y así como vuestra Providencia cuida por sí sola de madurar las espigas de nuestros campos, á nosotros nos encarga el trabajo y la constancia.

¡Ay de mí! el tiempo se adelanta, y mi espiga aun está verde para la cosecha. ¿No será una espiga vacía, mucha paja y poco grano?

¡Ah Dios mio! Haced que el día de la cosecha pueda repetir las hermosísimas palabras del mártir San Ignacio: “Soy trigo de Dios.” “*Fru-mentum Dei sum.*” Como él, no temeré ser triturado por el sufrimiento, si tengo la dicha, como lo espero, de aparecer delante de Vos como un pan puro y sabroso. “*Dentibus leonum molar, ut mundus panis inveniar.*” ¹

VII.

Hemos visto ya cómo el trigo nos representa la divina palabra y nos figura á las almas cristianas: veamos ahora en él uno de los más hermosos símbolos de la divina Eucaristía. Porque efectivamente, Jesucristo quiso desde un principio ocultarse en el Sacramento de su amor bajo la especie de pan, dándonos Santo Tomás la razon ó los motivos que determinaron al divino Salvador á escoger el pan de trigo para instituir la Eucaristía.

“Primeramente—dice—que el pan de trigo es por excelencia el alimento del hombre, y por lo mismo, era conveniente que el cuerpo más noble, “como era el de Jesucristo, que venia á ser nuestro más caro alimento, “nos fuera presentado bajo la apariencia del más noble de los manjares.”

“En segundo lugar, porque la divina Eucaristía, siendo como es el alimento de nuestras almas, tiene igualmente por objeto instruirlas; y la “germinacion del trigo simboliza con exactitud los diversos grados de “nuestro crecimiento y desarrollo espiritual. En tanto que el trigo permanece en pie sobre nuestros campos, es el emblema de la vida espiritual que hay en nosotros; cuando el día de la siega se le aparta separándolo de la zizaña y de la paja, entónces es la imágen del progreso en que “entra el alma al separarse de todos los errores y de todas las vanidades “del mundo, y cuando por último se le guarda en el granero, significa la “justicia perfecta con que Dios la ha recompensado en el cielo.”

“En tercer lugar, porque conteniendo la Eucaristía, como contiene, el “cuerpo mismo de Jesucristo, debia representarlo con toda fidelidad.” Admiremos ahora la claridad con que el angélico Doctor nos hace comprender las relaciones admirables que hay entre el trigo y ese divino cuerpo.

Tendido el trigo en la gavilla es la figura del cuerpo de Jesucristo encerrado en el seno purísimo de la Virgen María, á quien se pueden aplicar aquellas palabras que el Esposo de los Cánticos dirigia á su amada Espos-

¹ Act. Mart. San Ignatii.

sa: "Tu seno es como una gavilla de trigo."¹ Cuando el labrador siembra su campo, el grano de trigo que ha sembrado en él recuerda la muerte del Salvador anunciada por Él mismo en estos términos: "Si el grano de trigo no cae y no muere en la tierra, permanece solo y no dará fruto."² Finalmente, el trigo, transformado en pan, representa el cuerpo glorioso de Jesucristo, que es en el cielo, según las palabras del Salmista, el alimento de los Angeles y de los Santos.³ "*Panem angelorum manducavit homo.*" "El hombre se nutrirá con el pan de los Angeles."⁴

VIII.

¿Ni cómo un misterio tan grande que debía manifestarse con tanto lucimiento en la Iglesia, había de quedar en la antigua ley sin profecías y sin figuras ó símbolos que lo anunciase? Por eso los Padres y Doctores de la Iglesia están conformes en aplicar al Sacramento del Altar cada palabra de nuestras Santas Escrituras, donde se hace mención del trigo.

Según su opinión,⁵ "el Patriarca José, que juntaba y guardaba el trigo "en abundancia para alimentar al pueblo, vino á ser la figura del otro José, "dignísimo Esposo de María y tutor de Jesucristo, sobre quien vigilaba "con tanto amor, apreciándolo como el pan vivo del cielo."

Este mismo Patriarca es igualmente el tipo de todos los pastores de la Iglesia, que en la serie de los siglos guardarían la Eucaristía y la distribuirían á los pueblos. "Siervos fieles y prudentes establecidos sobre la familia para dar á cada uno y á su debido tiempo, la medida de trigo que les "correspondiese."

Escuchemos ahora á los Santos Profetas celebrando con anticipación el trigo de la Eucaristía: "Llamaré al trigo y lo multiplicaré para apagar la "hambre de mi pueblo:"⁶ así exclamaba el Señor por boca del Profeta Ezequiel.—¡Mi alma tiene hambre, Señor, multiplicad el trigo de la Eucaristía para su alimento!

El Profeta Oseas agrega: "Mi pueblo se convertirá y se nutrirá con "trigo:"⁷ y efectivamente, el trigo eucarístico es el alimento del alma convertida....!

"Aquel que ocultase el trigo será maldito"⁸ —nos dice á su vez Salomón.—¡Desgraciado de mí, Dios mío, si yo me atreviese á ocultar la Eucaristía, ó si guardare silencio sobre tan dulce misterio, ó que semejante al siervo infiel fuese á sepultar este don preciosísimo, que si se me dá, es para que fructifique!

1 Cant. VII, 2.

2 Joan XII, 24.

3 Ps. LXXXVIII, 25.

4 S. Thom. opusc. XLV.

5 S. Bern. serm. patroc. S. Josephi.

6 Luc. XII, 42.

7 Ezech. XXXVI 29.

8 Oseas. II, 9.

Pero ninguno de los Profetas ha conocido ni expresado, como David, los encantos del símbolo eucarístico: "Dios—nos dice—ha nutrido á su "pueblo y lo ha saciado con el trigo más escogido."¹ "¿Y qué trigo es este—pregunta San Agustín—sino Aquel de quien Él mismo ha dicho: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo?"² Si Dios nutre nuestras almas en "el destierro, ¿cómo no las ha de nutrir en las mansiones de la patria celestial?"³

El mismo Profeta dice en otra parte: "Los valles abundaron en trigo "y entonaron un cántico de agradecimiento."⁴ Cuando tengamos la dicha de recibir la Eucaristía, aun siendo como somos humildes y pequeños, ¿cómo no entonar el himno de la alabanza y del amor?

También en otro de sus salmos nos dice: "Dios te ha dado la paz por "término y te ha saciado con lo mejor de su trigo."⁵ ¡Ah, Señor! ¡dándonos la Eucaristía nos das la paz del corazón!

Por esta causa sin duda exclama así el Profeta Zacarías: "¿Cuál es el "bien del Señor y cuál es su hermosura sino el trigo de los escogidos?"⁶

"¿Qué cosa es lo bueno del Señor...?" Allá, donde hay más amor, se encuentra con abundancia la bondad: Jesús, habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin, hasta instituir para ellos la Eucaristía... hasta regalarlos con el trigo de los escogidos.

¿Y qué hay de hermoso en el Señor? Bajo la espesura de los velos que le ocultan á nuestros ojos, la fe nos lo muestra como el más hermoso entre todos los hijos de los hombres. ¡Ah! yo espero verle algún día cara á cara en la altura de los cielos. Allá contemplaré su incomparable belleza, repitiendo con los Santos: "¿Qué hay más hermoso en el Señor? Él es el trigo de los escogidos."

1 Prov. XI, 26.

2 Joan XXV, 52.

3 Ps. CXLVII, 21.

4 Ps. LXIV, 14.

5 Ps. CXLVII, 14.

6 Zacar. IX, 17.